

HOMENAJE AL PADRE JUAN BOTERO RESTREPO A LOS 50 AÑOS DE SU INGRESO A LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Agradezco a la directiva de la Academia que me haya concedido el honor de ser el oferente de este homenaje, sin más título para merecerlo que el de la amistad que me ha ligado al padre Juan desde hace más de doce lustros.

Mis humildes palabras no tienen más valor que el de dar testimonio de lo que el padre Juan ha representado para la Academia de Historia por sus contribuciones: Sus estudios biográficos sobre grandes figuras de la Iglesia (que recuerde en este momento: Manuel José Sierra, el arzobispo Gonzáles Arbeláez); sus anotaciones sobre Barba Jacob; sus semblanzas del clero sonsonés etc. etc.

Ha sido reiterada su advertencia: Lo que los antioqueños no indagamos sobre los nuestros, no lo harán los extraños. Y gracias a esa admonición se va logrando integrar a la historia nacional muchas acciones y figuras antioqueñas, que hubieran pasado inadvertidas porque no olvidemos pasar por alto que Antioquia es un departamento poco querido en el ámbito colombiano. A nosotros no se nos perdona el pecado que en otros se calla o se disculpa. Síntesis del desamor que se nos tiene fue el grafito: Mientras Colombia se derrumba, Medellín está de rumba. En los días en que el terrorismo sembraba de tumbas, de sangre, de llanto, de cólera impotente las calles de Medellín! Quisieron vernos sepuldados bajo los escombros que deja la dinamita. Lo que nos deshonra lo publican a los cuatro vientos, pero silencian lo que nos enaltece, ignoran lo que es nuestro mundo intelectual por lo hondo para destacar lo que brilla en superficie a otros.

Pero la actividad del padre Juan se desborda también por otros campos: No fue gratuita la distinción que le hizo en noviembre pasado la Sociedad Antioqueña de Historia de la Medicina. Es que los médicos le debemos el registro puntual de nuestros desaparecidos, no sólo de Medellín sino de cada uno de los poblados antioqueños. En esta callada labor no se limita a la nota periodística sino que va a cada hogar en busca del dato desconocido del galeno llevado por la muerte.

A todos nos consta cómo es uno de los académicos más puntuales en la asistencia. Y cómo es él, el padre Juan, el generoso oficiante de cada acto fúnebre por los colegas desaparecidos.

A este sacerdote sin claudicaciones, a este académico de selección, a este amigo de generosidad intelectual ilimitada, rendimos pues homenaje de gratitud y admiración en el quincuagésimo aniversario de su ingreso a la Academia que se honra teniéndolo como uno de sus miembros más apreciados.

ALFREDO NARANJO VILLEGAS